

—Quisiera permanecer oculta—dijo Doña Ana—y quizá haya entre los concurrentes á quien que me conozca.

—Si quereis, os podré colocar en la sacristía, de manera que podais ver todo sin ser vista por nadie; conoceréis á la novia, que es hermosa y viene ricamente vestida y con mucho gusto: ¿os parece bien?

—Sí, señora condesa; ¿ya es la hora?

—Todavía no; el padre está citado para las nueve y son apenas las ocho; yo tendré cuidado de daros aviso: entretanto, dispensadme si no os acompaño, porque tengo que cumplimentar á muchas personas.

—Señora condesa, sentiria yo causaros la menor molestia.

—Y supongo que ya que habeis tenido la dicha de encontrar á vuestra madre despues de tantos años de ausencia, tendreis muchas cosas que deciros.

—Muchas, señora condesa.

—Entonces os dejo en libertad.

—Como gustéis.

La condesa volvió á salir y Doña Ana quedó sola con su madre.

Entretanto, Julia era el objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones.

Poco á poco la gran sala habia ido llenándose de convidados, que deseaban conocer á la novia; damas y caballeros de la nobleza principal de México, á quienes habia invitado la condesa para presenciar el matrimonio de su hermano.

XIX.

La boda.

Don Enrique y Don Diego llegaron á la casa de la condesa de Torre-Leal y comenzaron á rondar por allí, no sabiendo si entrar resueltamente ó valerse de algun ardid.

De repente, Don Enrique alcanzó á distinguir entre el grupo de lacayos que habia en la puerta, uno de los antiguos servidores de su casa, llamado Pablo.

—Me ocurre una idea—dijo á Don Diego.

—¿Cuál es?

—¿Mirais á aquel viejo que está cerca de la puerta?

—Sí le veo.

—Pues bien, ese es uno de los viejos criados de mi padre; puedo deciros que me ha criado: llamadle, fácilmente me reconocerá, y podrá valernos de mucho.

—¿Fiais en él?

—Sí; mas para proceder con cautela, bueno será explo-

rar antes su ánimo; llamadle, y no me daré á conocer hasta estar bien seguro de su adhesión.

El Indiano se apartó de Don Enrique y se llegó al viejo criado.

—Dispensadme, amigo—le dijo;—¿podrías hablar dos palabras con un caballero que os aguarda aquí á la vuelta de la casa?

—¿A mí?—dijo Pablo con desconfianza.

—Sí, á vos; creo que no teneis que temer, porque es de día y no vamos muy lejos.

El viejo vaciló un poco, y luego dijo:

—Vamos.

El Indiano le condujo hasta donde estaba Don Enrique, que se habia calado el sombrero hasta las cejas y se habia embozado cuidadosamente.

—Aquí le teneis—dijo el Indiano.

—Para serviros—añadió el viejo, mirando cuidadosamente á Don Enrique de arriba á abajo.

—Si no me equivoco, vos sois Pablo, el antiguo servidor de la casa del conde de Torre-Leal.

—Para serviros—volvió á decir el viejo.

—¿Hoy tienen una fiesta en la casa de la condesa?—dijo Don Enrique.

—Sí, señor; se casa el hermano de mi señora.

—Y hoy tambien vence el plazo señalado para esperar á Don Enrique, el hijo mayor del conde; ¿es cierto?

—Así se dice entre la servidumbre—contestó con marcadas muestras de disgusto Pablo.

—Y vos, ¿conocísteis á Don Enrique?

—¿Que si le conocí?—exclamó Pablo queriendo casi llorar—¿que si le conocí? yo le traje en mis brazos cuando era niño; yo le queria como á mi hijo..... ¡Oh! Dios me lo per-

done! pero Don Enrique valia mas que todos esos que tienen ahora sus bienes y su herencia.

—¿Y qué fué de Don Enrique?

—Si yo supiera dónde anda, ¿creeis que no hubiera ido ya á buscarle?

—¿Y le conoceríais si llegárais á encontrarle?

—Al instante.

—¿Estais seguro?

—Como de que hay sol.

—¡Miradme entonces!—exclamó el jóven dejando caer el embozo que cubria su rostro.

El asombro, la ternura, el placer, se pintaron en el franco rostro del anciano, y despues de un momento de vacilacion, se arrojó sin ningun miramiento al cuello de Don Enrique, llorando y gritando:

—¡Niño!..... señorito!..... vos sois!..... ¡Ah! qué gusto! qué gusto!..... niño!..... qué gusto!.....

—Vamos, viejo—decia Don Enrique enternecido tambien;—vamos, modera tu alegría, porque pueden pasar gentes que nos vean: óyeme, que tengo que hablarte mucho.

—¡Pero si no creo mi dicha!..... señorito!.....—repetia el viejo.

—Bien; cálmate y escúchame, porque el tiempo vuela.

—¿Qué manda mi señor? de rodillas le serviré.

—Oyeme: necesito entrar á la casa sin que me vean, y permanecer en una pieza oculto hasta que me convenga presentarme.

—Eso es muy fácil, señorito; en vuestra antigua habitacion; ya os acordareis.

—Sí; ¿quién vive ahora allí?

—Nadie, señorito, nadie; vuestro padre mandó que permaneciera tal como vos la dejásteis, hasta el día de hoy

que debe, ó mejor dicho, que debía pasar todo á nuevo dueño, y yo he tenido cuidado de ir todos los dias á limpiar los muebles, y los trages y las armas, como si vos estuviéseis presente.

—¡Qué bueno eres!

—De modo que si quereis en este momento vestiros vuestros magníficos trages, están listos; solo los caballos están ya viejos, como yo; pero eso sí, nadie los ha montado.

—Vamos—dijo Don Enrique, entusiasmado con aquella relacion.

Iré yo antes para abriros la puerta de la calle, con eso nadie os mira entrar.

—Está bien..... ¡Ah! ¡á qué horas será el casamiento?

—Hasta las nueve ha de venir el capellan.

—Pues anda, vé á abrir.

El viejo, con una ligereza impropia de su edad, llegó á la casa y corrió á abrir las puertas de la habitacion de Don Enrique.

Al acercarse el jóven á su antigua morada, su corazon latia con violencia y estaba pálido. El Indiano le seguia silencioso.

Pablo los esperaba en el zaguan.

Don Enrique y el Indiano entraron sin que nadie los mirase entrar.

Todas las habitaciones estaban en el mismo estado que cuando Don Enrique se separó; la mas exquisita delicadeza se notaba en el cuidado de cuanto allí habia.

Los muebles, las armas, los trages, todo habia sido respetado y cuidado.

Don Enrique sintió que su corazon se oprimia, y procuró distraerse.

—Estamos ya en la casa—dijo al Indiano;—ahora, ¿cómo pensais que debemos presentarnos?

—Me ocurre ir á dar parte al virey, y si él llevase su generosidad hasta venir á serviros de padrino en este lance.....

—Lo creo imposible.

—No tanto; probaremos: el matrimonio no podrá verificarse hasta las nueve; entretanto puedo ir á palacio y hablar con su excelencia; ¿os parece?

—Con tal de que volvais antes de las nueve.

—Es seguro.

—Entonces estoy conforme.

—¡Ah! si no teneis inconveniente, os encargo que visitais el mejor y mas rico de todos vuestros trages.

—¿Y para qué?

—Tengo un proyecto, y desearia que me diéseis gusto en esto.

—Haré lo que me decís.

—Entonces vuelvo pronto; encargad que me abran cuando llame á la puerta.

—Descuidad, que Pablo no se separará ya de mí.

—Nunca, nunca—dijo el viejo con entusiasmo.

El Indiano salió, y Don Enrique comenzó á vestirse.

El Indiano se dirigió á palacio; el marqués de Mancera, conforme á su costumbre, estaba ya levantado.

En la antesala el Indiano encontró á Paulita.

—¡Paulita!—exclamó al verla—¿qué haceis aquí?

—Busco á su excelencia para pedirle el indulto de mi marido.

—¿Aun no le has hablado?

—No.

—Yo prometo ayudarte; ruégale á Dios que me saque

con bien de una empresa que tengo, y yo te prometo el indulto de tu marido.

—¡Dios lo haga!—contestó la jóven.

Don Diego entró á la habitacion del virey.

—¿Qué se hace?—dijo alegremente el marqués de Mancera á su ahijado.

—Señor, vuelvo á molestar la atencion de V. E. con el mismo negocio de siempre.....

—¿Con Don Enrique?

—Sí, señor.

—¿Y cómo va eso?

—Señor, hemos avanzado mucho; la plaza enemiga está completamente sitiada, y nuestro ejército, es decir, Don Enrique, está ya dentro de la misma casa, aunque oculto.

—¡Oh! eso es soberbio!—dijo riéndose el virey.

—Pero dentro de dos horas cuando mas, debemos dar el asalto, porque he pensado que Don Enrique se presente en el momento de celebrarse el matrimonio.

—Eso es.

—Pero quisiéramos un favor tan grande de V. E., que casi no nos atrevemos ni á esperarlo.

—¿Y cuál es? porque ya sabeis que os he prometido ayudar á ese jóven hasta el último extremo.

—Señor, es una cosa como de comedia. Tengo el proyecto de que en el momento de celebrarse la boda se presente Don Enrique reclamando su título y su novia, y como es seguro que ni uno ni otro se pueden negar, él será el que se case en lugar de su enemigo, con todos los preparativos que el mismo Don Justo habia hecho para sí.

—Eso será muy gracioso.

—Y deseábamos que V. E. fuera el padrino de Don Enrique.

—Pero al verme entrar sin ser convidado, se alarmarán Don Justo y su familia, y ya no hay lugar á la sorpresa.

—Todo eso está prevenido, porque V. E. puede entrar á las habitaciones del nuevo conde de Torre-Leal sin ser visto, y entonces la escena será completa.....

El virey se levantó precipitadamente y se entró á la pieza contigua, dejando al Indiano sin comprender lo que iba á resultar de allí.

Pasaron así cosa de veinte minutos, despues de los cuales el marqués de Mancera volvió á salir.

Se habia vestido ricamente; en su cuello lucian las ricas insignias de algunas condecoraciones, y tenia un traje de ceremonia.

Llevaba en la mano derecha un gran sombrero negro con toquilla del mismo color, y en el brazo izquierdo una larga capa oscura.

—Estoy dispuesto, ahijado—exclamó alegremente;—ayudadme á poner la capa.

El Indiano tomó la capa y la colocó en los hombros del virey; éste se caló el sombrero y los dos salieron de la estancia.

—Creo—dijo el virey—que vamos á tener una escena bellísima; si la hubiéramos preparado con mucha anticipacion no hubiera salido mejor.

Pasaron por la antesala en donde esperaba Paulita.

—Señora—le dijo el virey—si quereis hablarme, volved mas tarde, que en este momento tengo un negocio importante.

Paulita se inclinó con respeto, y el Indiano, quedándose un poco atrás, le dijo á la jóven:

—Id á esperar á la casa de la condesa de Torre-Leal; pero guardad secreto de todo esto, y yo os respondo.

—Muy bien—contestó Paulita.

—¿Qué decíais á esa jóven?—preguntó el virey.

—Me tomé la libertad de decirle que dentro de dos horas yo le respondo del favor que solicita de V. E.

—¿Y qué favor es ese?

—Ya lo sabrá V. E. dentro de dos horas á lo mas, que lo habrá ya concedido.

—Mucho fiais.

—De la bondad de V. E. porque me es conocida.

El virey y el Indiano, embozados hasta los ojos, llegaron, sin ser conocidos de nadie, hasta la puerta de la casa de Don Enrique; llamaron, y el viejo Pablo, que esperaba, abrió al momento.

El Indiano condujo al virey hasta la estancia en que esperaba Don Enrique.

El jóven estaba ya en trage de corte, y al ver al virey se levantó y salió á su encuentro, haciendo ademán de besarle la mano.

El virey le tendió los brazos con benevolencia, diciéndole:

—Don Enrique, vais á ser mi ahijado, y quiero daros el abrazo de padre.

Y diciendo esto, le abrazó cariñosamente.

—Ahora bien—continuó el virey;—la hora se acerca, y yo necesito instruiros de cuanto debéis hacer: escuchadme con atencion y no olvideis ni una palabra.

—V. E. puede estar seguro de que nada olvidaré.

El virey tomó asiento é hizo sentar á su lado á Don Diego y á Don Enrique y comenzó á dar sus disposiciones.

.....
Llenaban los nobles convidados el hermoso oratorio de la casa de la condesa de Torre-Leal.

Los novios habian entrado á la sacristía, de donde debian salir para celebrar el matrimonio.

En medio de aquel lucido concurso inquietaban algo á los concurrentes tres hombres que se habian colocado en uno de los ángulos de la capilla y cerca del altar.

Aquellos tres hombres permanecian embozados á pesar de estar dentro de la iglesia, y comenzaban á hacerse sospechosos, cuando aparecieron los novios y absorbieron toda su atencion.

Don Justo estaba radiante; Julia pálida y triste.

Comenzó la ceremonia y llegó el momento en que el sacerdote se dirigió á Julia.

—Julia de Lafon, ¿recibís por esposo y compañero al señor Don Justo Salinas de Salamanca y Baus?

La jóven vacilaba.

—No, contestó una voz enérgica desde uno de los ángulos.

Todos volvieron el rostro, y Julia lanzó un grito; uno de aquellos tres desconocidos tiró su capa y se adelantó al altar con gallardía.

—Yo soy el esposo de esta dama; yo, Don Enrique Ruiz de Mendiluenta, conde de Torre-Leal.

Don Justo retrocedió como si hubiese visto un espectro.

Pero entonces, de la sacristía salió una mujer diciendo:

—Tú no puedes ser su esposo, ni conde de Torre-Leal, porque tú eres un pirata, y yo te he visto con ellos.

Era Doña Ana; entonces Don Enrique palideció y volvió el rostro como buscando amparo.

Otro de los embozados tiró su capa y se adelantó hasta colocarse al lado de Don Enrique, y dijo majestuosamente:

—Y yo, Don Antonio Sebastian de Toledo, marqués de Mancera y virey de esta Nueva España por la gracia del rey nuestro señor, digo que esa mujer miente, y que el no-

ble conde de Torre-Leal ha ido por mi orden y en servicio de S. M. ha vivido entre los piratas.

Todos estaban asombrados.

—Conde, dijo el virey—dad la mano á vuestra esposa; yo seré el padrino, y mi señora la condesa la madrina.

—Con mucho gusto, contestó Doña Guadalupe.

—En cuanto á vos, Don Justo, mañana dispondreis vuestro viaje para Filipinas.

—¿Y mi esposo?—dijo Paulita, que habia penetrado hasta cerca del virey,—el que atacó á la tropa por salvar á Don Enrique.

—Está indultado—contestó el virey;—puede continuar la ceremonia.

.....
.....
Al dia siguiente Don Justo salia desterrado para Filipinas, y Doña Ana entraba para siempre á un convento.

FIN.

